

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 16 de Diciembre de 1932

Núm. 501

PROBLEMAS "INFANTILES"

Por María Victoria Maura

Rosario es una niña de seis años, la cabeza llena de rízos y los ojos azules como dos cuentas de collar; como es inteligente, en la hora actual revuelve una serie de problemas, porque todo es muy difícil de comprender.

Al volver de paseo, le pregunta a su madre:

—¿Qué es patria, mamá?

—Patria es toda la tierra que lleva un mismo nombre, tiene un mismo gobierno y está formada por todos los que nacen en ella, que tienen obligación de quererla como a una madre.

—Pues ayer, en la plaza de Oriente, pasó un regimiento, y Adolfo me dijo que la bandera que llevaba el soldado de en medio es el símbolo de la patria. ¿Que es símbolo, mamá?

—Pues eso es, como si fuera un retrato de la patria, para que la recordemos, en forma de bandera, como me recuerdas a mí cada vez que me miras en el que tienes en tu cuarto.

—Entonces, mamá ¿tu retrato se puede cambiar?

* * *

Rosario va a una escuela donde hay muchos niños y niñas. El otro día, la vecina de pupitre, que es hija de libre pensadores, le ha dicho que iban a quitar el Crucifijo porque su padre se lo iba a pedir al Gobierno.

Rosario contestó, terminante:

—Pues, entonces, nada nos va a salir bien, porque mamá me ha dicho que El es quien nos ayuda a que todo salga mejor.

—Pero no, tonta; ¿no ves que el Crucifijo está quieto en la pared, y todo lo hacemos nosotras con nuestras manos y discurrendo?

Cuando Rosario vuelve a su casa, le dice a su madre:

—Ya no vuelvo a la escuela, porque van a quitar el Crucifijo, y yo no quiero tener la culpa de ser tonta.

* * *

Rosario ha salido de compras con la niñera. En la calle se encuentra a un obrero con cinco hijos, por orden de tamaño, arrimado a una esquina, y con un trapo blanco tendido en el suelo, delante de sus pies, que las pide al pasar.

—Dejen algo a un obrero sin trabajo.

Rosario busca largo rato en el portamonedas, y termina por sacar una peseta y veinte céntimos, que echa en el trapo blanco, y se queda mirando a la niña pelirroja, casi de su edad, coicada en el centro del grupo, con el dedo metido en la nariz, mientras la niñera habla con el hombre.

Al llegar a casa, sabemos cómo Rosario ha digerido la conversación.

—¿Mamá, ¿por qué cuando se quiere trabajar no se puede?

—Porque no siempre hace falta algo que se pague.

—Mamá, ¿el Gobierno es un ladrón como Candelas?

—¿De dónde has sacado semejante cosa?

—Porque había un hombre en la calle, ¿sabes? que debía de ser malo, porque decía que hasta que el Gobierno no se quedara con lo de los ricos no se podía comer. ¿Coger lo de los ricos no es robar, mamá?

Rosario juega un rato, distraída, y vuelve, preocupada:

—Mamá, ¿por qué papá no es ministro, para dar de comer a los obreros y que no me quiten mi muñeca?

* * *

¡Pobrecitos niños de ahora que, como Rosario, juegan pensando! Tienen la mirada grave de personas mayores, y todo es muy difícil de comprender.

Yo me acuerdo de mi infancia. Jugaba todo el día, y todo era sencillo. Dios, los padres, el rey, eran buenos, y había que dar a los pobres. Cuando pasaban las carrozas de los embajadores camino de Palacio, la calle era bonita y todos corríamos a verlas pasar.

Pero ahora los niños serios de seis años hacen proyectos:

—Cuando papá vuelva de Villa Cisneros...

¡Pobrecitos niños de ahora, sin color nacional!

(De «Ellas».)

Sedas y bordados

—Ayer pasé por tu lado, Chaumete, y si estarías distraído que no te diste cuenta...

—¿Ayer, yo? ¿Y por qué no me llamó usted? ¿Con qué estaba yo distraído?

—Sencillamente, mirando unas sedas y bordados chinos, que llenaban el escaparate de un comercio... No te quise decir nada, porque supuse que estabas preparándote para darme hoy una verdadera conferencia de todo eso. ¿Me equivoqué acaso?

—No del todo, señor Nieto. Cuando me paré a mirar esas preciosidades pensaba enterarme de muchas cosas, y luego contárselas a usted. ¡Pero pronto me convencí de que no me había enterado de nada! Porque decir que los chinos trabajan toas esas cosas que es un gusto, me parece que viene a ser lo mismo que no decir nada... ¿no le parece a usted igual?

—Hombre, hasta cierto punto, tienes razón. ¿Y te quedaste con curiosidad por no poder enterarte?

—¿Con mucha curiosidad, sí, señor. ¡Y ya estoy viendo que me va a hablar usted de eso! ¡No se puede figurar lo que se lo agradeceré!

—Siendo así, creo que podré decirte algo. Al menos, que no puedas decir que perdiste la tarde parado ante un escaparate, sin el menor resultado. Te diré cuanto recuerdo:

No olvides, Chaumete, que no hay nada tan extendido en China como el cultivo de la morera para la cría del gusano de seda. Dicho árbol se encuentra allí por todas partes.

Y las sedas reciben allí el nombre de la provincia que las produce o las exporta. Además, se recoge en China una clase de seda muy poco conocida de los europeos: la seda de encina, que ellos llaman sallaje, y que es un poco más dura que la procedente de la morera. Esta seda sirve por lo común para la fabricación de telas especiales, usadas para trajes. Es menos flexible que las otras, pero en cambio realiza maravillosamente los bordados.

Los bordados chinos, han gozado siempre de justa celebridad, no habiendo podido nunca nosotros llegar a otra cosa que a su imitación. Los chinos, desde muy remotos tiempos se han especializado en bordar las telas por los dos lados,

sin que pueda descubrirse el cabo final de la seda.

También tienen los chinos otra ventaja en sus bordados, que nosotros no podemos reunir. Me refiero a que, por producir aquel país una porción de plantas y de flores, desconocidas para nosotros, han dado con una serie de colores de singular realce, y de delicadísima variedad, con que ejecutan sus preciosos bordados.

Estos mismos colores, les han proporcionado el gran ascendiente de que gozan en la tintorería.

El verde de China, color que los chinos obtienen por la maceración de la corteza de una especie de espino negro, que crece en las provincias del interior, ha sido la principal causa de obtener su comercio de tejidos cantidades fabulosas, ya que sólo se aplica este color a las telas de más lujo.

—¡Vaya con los chinitos!

—Pues no olvides tampoco que no sólo producen telas de seda realmente asombrosa, sino que fabrican crespones, teñidos con colores vegetales, que les proporciona buen acopio de ingresos. También se han especializado en hacer paños rojos admirablemente bordados en seda, que sirven, por lo general, para tapetes de mesa asientos y espaldares de sillas y otros usos análogos. Además, el ramio, planta textil que abunda mucho en China, ha sido siempre preferida por los ingleses que utilizan la fibra del ramio, para mezclarla a otras fibras textiles.

Conque... ¡algo más sabes ahora que cuando permanecías embobado ante el escaparate contemplando sedas y bordados chinos! ¿no es esto así?

—Vaya si lo es... Pues mire usted lo que son las cosas; desde que mi tío Alberto me acostumbró a llamarles chinadas a todas las tonterías, acabaron por parecerme los chinos, sino tontos del todo... algo por el estilo.

—Pues nada más lejos de la verdad, que eso. Se trata de una raza que posee en grado sumo todas las actividades inteligentes, y sobre todo una gran constancia en el trabajo: el chino es muy laborioso...

—To lo que usted quiera; pero yo no lo sabía...

—¿Lo sabes ahora?

—Ahora sí que lo sé; sí, señor... Y lo malo es una cosa... Lo malo es que de resultados del respeto que me ha hecho usted sentir por to lo de los chinos... no voy a saber andar por la calle desde ahora... No le extraña: ¿le parece a usted que voy a tener valor para pisar chinitas? ¡No me tire na a la cabeza! ¿Se rie usted? ¡Menos mal! ¡Menos mal!

EL NIETO DEL ABUELO

LA ISLA DE ORO

(CUENTO)

En una humilde cabaña situada en medio del bosque, vivía un pobre leñador, con su mujer y un hijo, de seis años, llamado Luis, que va a ser el héroe de nuestro cuento.

Un día de verano, que era el cumpleaños de Luis, su madre le dijo: «Luisito, hoy cumples ya siete años; ya eres mayorcito, tu padre y yo te permitimos salir a jugar al bosque que es lo que tanto tiempo has deseado. Hoy todavía no, pues ya ves que está lloviendo; pero mañana, si hace buen tiempo, podrás correr y jugar a tu antojo. Como somos pobres, solamente hemos podido comprarte esta pelota.» Y diciendo esto, le dió una pelota de variados y muy lindos colores, y aunque era poca cosa, a Luis le pareció una maravilla.

Por la noche ya no llovía, ya se habían metido todos en la cama; pero Luisito no podía dormir pensando en lo que se divertiría al día siguiente; y al ver que ya no llovía, se levantó y empezó a contemplar al través del vidrio de la ventana todos los lugares que pensaba ir a jugar con su pelota. En esto estaba, cuando vió que un hombre,

montado a caballo, echaba un papel y una bolsita en un tronco de árbol que formaba como un buzón. Luis esperó a que aquel hombre se marchase, y después se vistió y salió al bosque, se acercó al árbol y metió la mano en la hendidura del árbol y sacó la bolsa y la carta y regresó en seguida, se metió en la cama y miró que contenía aquella bolsa y vió con gran asombro que contenía monedas de oro; luego leyó la carta (pues su madre empleaba los ratos de ocio en enseñarle a leer), y en ella leyó lo siguiente:

«Oye, Juan, hermano mío, yo no puedo esperar aquí, como convinimos, pues la Policía me persigue por este robo que hace poco rato ejecuté en el Banco H. C. O.

«Aquí tienes el plano para ir a la isla; en la desembocadura de río encontrarás una barquita a punto; te subes y te diriges a la isla, yo también iré, si puedo, porque también tengo el plano. Allí, en la isla, verás unas flechas, síguelas y en donde veas la última flecha, es donde tienes que hacer un hoyo, que no te costará mucho, y allí verás enterradas las siguientes piedras: rubíes, záfiro, brillantes, perlas y esmeraldas. Una vez que las hayas desenterrado, regresas en la misma barca.—Roberto.»

Luisito, después de haber leído la carta, la metió debajo de la almohada, junto con la bolsita, y se durmió.

Al día siguiente, después de haber tomado una taza de leche fresca, recién ordeñada de una cabra que tenían en el corral, se fué, diciendo que si tardaba no lo buscaran, pues sería que estaba jugando por el bosque. Cogió una cestita y allí guardó la bolsa de oro y la carta y se fué. También guardó en la cestita algunas peras y manzanas para el camino.

Hacía un día espléndido; los verdes campos aparecían iluminados por los resplandecientes rayos del sol. Luis seguía caminando; por fin llegó al borde del río, donde efectivamente encontró la barquita. Se subió y remando, por fin logró llegar a la desembocadura del río, y se encontró en medio del inmenso Océano, hasta que llegó a la tan deseada isla. Desembarcó, y siguiendo las flechas, llegó hasta la última. Allí mismo encontró una pala; desenterró las joyas y volviendo a subir en la barca, regresó, pero en lugar de ir a su casa, llegó a la ciudad; se fué a la Policía y le contó todo lo ocurrido. Tampoco se olvidó de decir que los ladrones iban esa tarde a la isla, al mismo tiempo que hacía entrega de las joyas y la bolsita, y se marchó.

Cuando ya se había internado en el bosque, rendido por el cansancio y el hombre, sentóse a la sombra de una higuera y después de haberse comido la fruta que tenía en la cesta, arrancó algunos higos y se los comió; y después de haber recobrado el ánimo, regresó a su casa, en donde ya lo esperaban impacientes; le preguntaron en donde había estado, más él quería darles la sorpresa después, y les dijo que se había entretenido jugando.

Por la tarde, los ladrones se embarcaron en la barquilla y se fueron a la isla, y al ver que les habían robado, según ellos decían, pensaron huir, por que suponían que los habían descubierto; pero no tuvieron tiempo, pues en seguida llegó la Policía, acompañada del pequeño Luis. En cuanto los ladrones le vieron comprender que él los había descubierto y le gritaron: «¡Ladrón, nos has robado, pero nos las pagarás!»

Pero el pequeño Luis les contestó: «Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón».

Los ladrones fueron fusilados y los policías llevaron a Luisito a su casa. Contaron lo ocurrido a sus padres, y en premio al favor que Luis acababa de prestarles, regalaron la bolsita a los leñadores y les mandaron hacer una casita, en medio de la isla, que resultó ser toda de oro, y también se la regalaron; y ahora cada vez que les falta dinero, arrancan un pedazo de oro de la isla, y hacen muchas obras de caridad.

Luis, ahora, tiene una hermanita de tres años rubia y de ojos azules, como él, y se llama Gabriela.

EUGENITA SOSA PUIG

LA VOCACIÓN

Para cada uno tiene Dios destinado un porvenir, carrera u oficio distinto, que todos debemos cumplir como buenos cristianos. Este destino que Dios nos tiene designado es lo que generalmente se llama vocación (palabra que proviene del latín, vocar, que significa llamar, ser llamado), la elección de profesión es la cosa más difícil que hay en el mundo, en una elección de esta clase intervienen gustos de familia, afán de dinero, incluso se han dado casos de intervenir la moda. Un hombre en una profesión o carrera equivocada es desdichado, sus asuntos no van bien, se encuentra aburrido, nada le distrae, y le ocurre una serie de desgracias que sería prolijo enumerar, además hay que advertir que (como ya hemos dicho arriba), Dios nos designa una ocupación a cada persona y quiere que todos cumplamos su voluntad es decir que el Señor quiere que cada uno siga la carrera que El le designa, ahora bien de Dios recibimos todas nuestros dotes, nuestro saber, entendimiento, memoria, etcétera, etc., y si seguimos una ocupación que no es de su gusto nos privará de todo nuestro talento para el estudio, y nunca llegaremos a ser aquello a que aspiramos, y si Dios lo consiente, será para que lleguemos por influencia o sea que los que así lleguen al término de su carrera y sean médicos, abogados, ingenieros, etc., etc., serán unos hombres ineptos, la escoria de la sociedad, y esos hombres tendrán un título, pero ese título solo les servirá de ignominia, pues en él verán el daño que hace la ciencia mal adquirida.

De manera que ved, compañeros, lo que acarrea el no seguir la propia suerte, ya que veis los efectos de una mala elección asegurados bien antes de elegir una profesión que más tarde puede ser vuestra desgracia. Cuando el momento de elegir carrera u oficio, dejáos aconsejar por vuestros padres, amigos, profesores, confesores, etcétera, etc. Para facilitar esta elección, el Estado tiene establecidos unos Centros de Orientación Profesional en los que después de un minucioso examen de las aptitudes del que a ellos acude, se le aconseja en consonancia con las mismas. Después de esta pequeña disertación en la que humildemente os he expuesto los peligros de no seguir la propia suerte, os deseo una buena elección.

AGUSTÍN ALTÉS SALAFRANCA

LAS PLANTAS

El rendimiento de las cosechas disminuye notablemente a causa de las enfermedades de las plantas y los insectos dañinos afectan también la economía nacional, porque generalmente se extienden a grandes regiones. No es posible estimar con exactitud estadística la magnitud del perjuicio, pero en algunos se manifiesta claramente su importancia. Por ejemplo, en Abril de 1929, aparece por primera vez, en Florida, una mosca del Mediterráneo, que echó a perder frutas y legumbres e inmediatamente el servicio de protección de plan-

tas norteamericano, dictó las medidas más energéticas para evitar la propagación del insecto dañino. En primer lugar se ordenó la destrucción de todas las frutas y legumbres de Florida, que podían contener la mosca, y en seguida la de todas las frutas y legumbres procedentes de Florida y almacenadas en otros Estados de la Unión, y por último, se prohibió toda exportación de frutas y legumbres fuera del Estado de Florida. Tan severas medidas están justificadas si se considera el gran perjuicio causado por el insecto y por su propagación a otros Estados. Como entre los principales artículos de comercio de Florida figuran las frutas y las legumbres, se comprende bien la catástrofe económica producida por las medidas oficiales y en dos semanas quebraron veintitrés institutos financieros. Aun cuando no se trate de catástrofes sino de perjuicios relativamente menores, las pérdidas significan, sin embargo, grandes valores si se considera el perjuicio total. Por esta razón os hablo de tan importantísima cuestión.

MIGUEL PLANA

LOS PECES

Hay muchas clases de peces, como todos ya sabéis.

Los peces son animales absolutamente acuáticos.

Unos viven en agua salada (el mar), otros en agua dulce (los ríos).

Entre los primeros, los hay muy voraces y muy temibles para el hombre, tales como el tiburón, el delfín, el pez espada y la ballena, etc., etc.

También hay otros que no lo son, como los moluscos, calamares, pulpos y las tortugas, etc., y éstos nos sirven de alimento.

Ya los hombres primitivos se alimentaban de la pesca y de la caza.

Las tortugas marítimas eran uno de los alimentos del aventurero inglés Robinson Crusoe, al encontrarse en una isla deshabitada.

Las tortugas son reptiles de pico córneo como las aves; tienen cuatro patas y una coraza o concha en que están encerradas. Hay tortugas que viven en tierra, otras en agua dulce y otras en el mar.

Entre los peces que viven en agua dulce se encuentran las ranas, los sapos, las ruletas, las salamandras, etcétera, que todos éstos pertenecen al grupo de los anfibios.

MARIA PONS BARDA

Del poeta de los cantares

I
¡Que voluble es la fortuna
y más que voluble falsa!
¡ayer me dió sus caricias
y hoy me vuelve las espaldas!

II
¡Que solito me han dejado!
¡llorando paso las horas
y nadie seca mi llanto!

III
¡Pobre madre mía,
quien pudiera hacerte joven
para darte nueva vida!

IV
¡No ves aquel rincón
al pié del olmo gigante?
¡Pues allí lloro mis penas
sin que se aperciba nadie!

V
Ama de llaves te han hecho
y entre las llaves que guardas
se encuentra la de mi pecho.

VI
Tanto y tanto te diviertes
que ni te acuerdas del hombre
que tanto y tanto te quiere.

VII
Arrinconé mi guitarra,
pues desde que no te veo
cuando sus cuerdas se pulsán
suspiran de sentimiento.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

LOS LIBROS

Son los libros para nosotros lo que nos instruye y nos fortalece, nos ilumina y conserva la imaginación.

Pero hay muchos de ellos que en lugar de ilustrar y perfeccionar el alma, sólo sirven para debilitarla, y destruyen insensiblemente nuestros corazones.

El hombre que de pequeño empieza a leer estos malos libros, sube ya desde niño inclinado a los vicios y no se saca de él ningún provecho, en cambio, de los buenos, aprende a ser generoso, bueno y honrado, siendo amado por todo el mundo.

A veces en estos libros perniciosos está oculto un veneno que nos destruye el alma y nos lleva al camino de la perdición.

Pues queridos amiguitos, procuremos leer siempre obras que no nos perjudiquen o de lo contrario viviremos siempre con mucha deshonra, y ya sabemos que el libro es el amigo más fiel para nosotros.

RAIMUNDO BADÍA

Lo que todos debiéramos saber

—Uno de los mejores desinfectantes para las manos es el alcohol puro, según algunos eminentes doctores.

—En la América del Sur hay una raza de gatos que no mayan.

—En igualdad de tamaño un hilo de seda de araña es un 50 por 100 más resistente que uno de acero.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(47)

Como un torbellino entraron todos abrazándole y festejándole. La pieza sombría, un poco antes y ahora llena de luz, se inundó con la ola de alegría de expansión y de charla que llegaba de fuera...

Reían, charlaban, iban, venían, alborotaban, impregnando el ambiente con el acre olor de algas y mariscos que sus ropas recogieron en el breve asiento sobre las húmedas rocas marinas.

El té humeaba en las tazas. Gloria le servía y al alargar al enfermo su taza dijole sonriendo cariñosa:

—Hágame un sitio en su mesita, Conde. Estoy cansada y tengo que contarle lo que he visto.

Y sin esperar respuesta, ligera, segura de sí misma, con las mejillas

arreboladas y los cabellos alborotados siguió cumpliendo su cometido con una distinción y una gracia exquisitas.

Las breves frases de Gloria le habían serenado. Siempre el contacto con aquel espíritu fuerte, alegre y feliz, le producía idéntica sensación bienhechora de paz y de dulzura, como si el Hada Alegría tuviese en su varita mágica el poder de serenar y evitar las tempestades súbitas y frecuentes de su alma.

Notó Fernando que Ardieta seguía a Gloria con una mirada confiada y felicísima, y Ardieta, que cogió al vuelo la expresión de los ojos del Conde cuando se fijaba en Gloria, se sintió contento. Por fin aquellos que vivían bajo el mismo techo, aquellos que ocupaban el lugar de hermanos, se miraban sin odio, se entendían al cabo, por fortuna.

El Conde, por su parte, se alegró de leer en los ojos del médico la felicidad sin recelos y sin nubecillas de un amor, si no compartido al menos tolerado. Gloria sabía... había comprendido y no le alejaba... Luego le permitía esperar. Y el conde de Fenollar se felicitaba de que aquella mu-

chacha encantadora diese en manos de un hombre tan cabal como su amigo.

Al encontrarse las miradas de los dos hombres, se sonrieron con una expresión del todo satisfecha. Gloria, inconsciente de la atmósfera de amor que envolvía su graciosa persona, iba de unos a otros riendo, derramando a torrentes la savia poderosa de su juventud.

Romanieff, se había dado cuenta de todo lo que pasaba en el interior del enfermo y de su médico, pues ambos se cuidaban bien poco de disimular sus impresiones. Pensaba que, por entonces, aquellos dos hombres eran igualmente sinceros, igualmente francos, igualmente leales... pero, ¿lo serían siempre? ¿Vería más adelante, Ardieta, posarse sin recelos los ojos de Fernando sobre el rostro de Gloria? Y Fernando, ¿tendría siempre para Gloria aquella tierna mirada de amistad, franca y pura?

Sin saber por qué una inquietud creciente le asaltó; vaga angustia se apoderó de él mientras removía, sentado junto al Conde, el azúcar de su té, dando vueltas y vueltas con la su-

charilla sobre el fondo de la frágil taca de porcelana.

El señor de Fenollar ajeno al interés que inspiraba, seguía paseando su mirar fatigado por los grupos de amigos que tomaban el refrigerio. Ardieta y Paco Armir la habían emprendido con la de Blázquez, sentada entre los dos. En otro grupo los señores de la casa y los de la Llosa, conversaban placidamente. El resto de la reunión, formando otro grupo más nutrido y más alborotado, reía, atrayendo la atención de todos.

Llegó Gloria, terminada su tarea de servir el té. Sentóse entre el Príncipe y el Conde depositando su tacita sobre el bordado mantelillo de crespón. Los ojos del enfermo variaron de ruta adoptando una expresividad amable. El Príncipe lo advirtió, sintiendo de nuevo un aviso interno como de presentir o adivinar; el profético aviso de lo venidero que el corazón o la inteligencia aperciben.

—¡Qué cansada estoy!—exclamó la joven después de tomar unos sorbos de té.—Pero qué paseo tan hermoso, ¿verdad, Príncipe?

—En los desiertos de Arabia es frecuente el caso de que un viento giratorio excave pozos de 70 metros de profundidad.

—En Londres hay más de 20.000 habitantes que trabajan sólo de noche.

—Se ha comprobado que el número de hombres que sueñan con frecuencia cuando duermen, se eleva a un 27 por 100, y el número de mujeres a 45 por ciento.

—Según algunas eminencias médicas, cuando uno se siente muy cansado a causa del exceso de trabajo, se repone mejor comiendo uvas que bebiendo vino o alcohol.

—La casuriana, planta del hemisferio animal, no necesita lluvia; resiste igualmente el exceso de humedad y arraiga perfectamente en la arena. Es la más indicada para contener la tierra en toda clase de taludes.

—El «Times», de Londres, ha sido el primer periódico impreso en máquinas movidas a vapor, en 1804.

—Según parece, se han obtenido muy buenos resultados para exterminar la plaga de langostas, regando con arsénico mezclado con azúcar moreno gran número de plantas de las que iba a morir el insecto.

—Los naturales de las islas Sandwich estiman por el peso la belleza de las mujeres.

—La experiencia médica demuestra que las quemaduras que interesan la mitad a más de la superficie del cuerpo, resultan mortales en todos los casos, y a unque no interesen más que un tercio lo son muchas veces: en los niños, menos extensión aún representan un peligro para la vida.

SALDO DE CHISTES MALOS

En un baile.

—Caballero, ha pisado usted un pie a mi mujer, y le pido a usted una satisfacción.

—Con mucho gusto se la daré: ¿Ve usted a esa señora que está sentada junto a la chimenea? Pues dele usted un pisotón, y estamos en paz. Es mi mujer.

Un doctor está haciendo un reconocimiento para un seguro de vida, y pregunta a su cliente:

—¿Su padre de usted murió de muerte natural?

—No, señor — responde el «paciente» —, le asistieron tres médicos.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahon

Hablaba en francés. El interpelado asintió.

—No puede imaginar cosa más admirable que la cueva de las Gaviotas. Me extraña mucho que usted no la conozca. Dicen que cuando era jovencito, Conde, escudriñaba usted todos los rincones.

—Sí, es cierto, pero por aquel entonces la cueva no existía.

—¿Cómo?

—Se habrán fijado ustedes que antes de llegar a la cueva hay como un esbozo de muelle...

—¡Ah, sí!... Hemos visto como un malecón y dos grúas; una grande y otra chiquita. Por cierto que es un hermoso sitio para pescar cangrejos. El Príncipe ha cogido dos.

—Sí, pero me han mordido los dedos;—contestó el ruso mirando sus manos aristocráticas de gran señor.

—Pues bien, para la construcción de ese muelle, que está hoy abandonado, se derribaron con barrenos algunos trozos de monte y en uno de esos derrumbamientos, se formó indudablemente esa cueva donde hoy se refugian las gaviotas.

—Es hermoso, ¡hermoso!—murmura